

# Voces y ecos del 68

José Woldenberg

Se han cumplido cuarenta y un años del movimiento estudiantil de 1968. Los jóvenes estudiantes que hoy ingresan a las distintas instituciones de educación superior no sólo no habían nacido, sino que es probable que algunos de sus padres tampoco o que fueran niños en aquel año. ¿Qué representa para ellos aquel momento? ¿Tienen información sobre los acontecimientos? ¿Son capaces de evaluar el significado tanto del despertar participativo y antiautoritario de aquellos estudiantes como de la furia represiva gubernamental?

Realizo una analogía un poco tirada de los cabellos, sólo en lo que se refiere al paso del tiempo, dado que no es posible equiparar los acontecimientos. Los jóvenes que entraban a la UNAM, el Poli o Chapingo en aquel año se encontraban exactamente a la misma distancia temporal de la Matanza de Huitzilac —perpetrada el 3 de octubre de 1927, en la que fueron asesinados el general Francisco Serrano y trece de sus compañeros—, que la que hoy guardan los estudiantes de nuevo ingreso con el 68.

La memoria de esas jornadas, en las que los estudiantes ejercieron sus derechos políticos y que develaron trágicamente el verticalismo y la intolerancia gubernamental, se encuentra activa, sin duda, entre quienes las vivieron. Esa memoria se irradió a las generaciones inmediatamente posteriores, que fueron influidas por las intensas reverberaciones de aquellos días. Pero vale la pena preguntarse qué tanto esa memoria tiende, entre los más jóvenes, a diluirse, a perderse. Sobre todo porque la memoria es una materia volátil, difícil de transmitir, por naturaleza evanescente.

De hecho no existe una sino muchas memorias. Y en ese terreno también se vivió y se vive una disputa. Las versiones se

multiplican, las intenciones también. El pasado jamás queda petrificado de una vez y para siempre. Pero algo venturoso sucedió en ese campo: hoy prácticamente nadie se hace eco de la historia oficial. Con los años la versión del gobierno —que veía en el movimiento una conspiración— se ha evaporado. Nadie medianamente informado la reproduce. Y, por el contrario, los relatos de los estudiantes se han vuelto hegemónicos.

Pero además, todos lo sabemos o intuimos, la memoria nunca es una sino muchas, y resulta pertinente mantenerlas vivas: hablo en plural porque si bien existieron dos campos en conflicto, en cada uno de ellos se vivieron experiencias singulares que guardan su propio código de entendimiento de aquellos meses. Hacerlos aflorar, escuchar las distintas voces y versiones, recrear la pluralidad de sensibilidades e idearios que convivieron en el movimiento tiene sentido. Y creo que ése es el significado profundo del libro *Voces y ecos del 68*.

El movimiento estudiantil de 1968 es una especie de caleidoscopio. Como éste, un pequeño giro hace que los cristales se muevan, se reorganicen de tal suerte que la visión que tenemos se modifique. Salvador Martínez Della Rocca ha reunido testimonios, informes, análisis, ensayos, reconstrucciones de los hechos para volver a unos acontecimientos que no solamente sacudieron al país, sino que dejaron una estela que aún gravita sobre las fórmulas de nuestra convivencia social.

El 68 es así una historia, una leyenda, una fecha irrenunciable, un momento de inflexión, y para muchos una experiencia vital que se convierte en signo y en sino (en su acepción de destino), pero es, sobre todo, la expresión más decantada y contun-

dente del agotamiento del autoritarismo mexicano y la emergencia de una sensibilidad y un reclamo que intentan construir espacios para la convivencia de la diversidad que cruza al país.

Son los años de la Guerra Fría. Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría podían estar convencidos de que se enfrentaban a una “conspiración comunista” o utilizar el estribillo como fórmula instrumental para intentar aislar al movimiento, pero lo cierto es que los resortes del poder político en México estaban atrofiados por décadas de autoritarismo y sumisión, de pervivencia del código de mandar y obedecer, y por ello sus titulares fueron incapaces de leer el significado profundo —y superficial— del reclamo estudiantil. Era un reto a la autoridad, diría un autócrata paranoide, una desobediencia que no podía tener más que fines ilegítimos. Y por el otro lado, la expresión más afinada del proceso modernizador, los estudiantes de nivel superior, clamaban por una vida política más abierta, capaz de ofrecer cauce al pluralismo; un espacio público integrado a las pulsiones del mundo, competente para dejar atrás el provincianismo imperante; una vida donde las libertades consagradas por la Constitución pudiesen realmente ser ejercidas.

Esas dos pulsiones entraron primero en conflicto, luego en tensión y cuando desde el poder se decidió confrontar a los estudiantes, el desenlace no pudo ser más que trágico.

Es un acierto del libro abordar al 68 desde muy distintas plataformas. Salvador Martínez Della Rocca hace una muy puntual y sintética narración de los hechos, construye una puerta de entrada para el lector no familiarizado con el tema, un relato que devela la secuencia del movimien-

to y las reacciones de la autoridad. Después, el lector encontrará testimonios-en-sayos (Bartra, Boltvinik, Carballo), informes inacabados (Carrillo Prieto), intentos por ubicar el significado del movimiento a la luz de la historia nacional (Cazés) o del contexto internacional (Gilly), relatos personales (Flores, Radetich, Valero), exploraciones para rastrear las derivaciones de aquel año imborrable (Gómez, Guevara, Monsiváis, Taibo II), aproximaciones desde el feminismo (Lagarde) o desde los ojos sorprendidos de una joven diputada del PAN (Martínez Fischer), un texto sobre las visiones del Ejecutivo y el ejército en aquella coyuntura (Montemayor), o un intento general de interpretación (Zermeño). En suma, un rompecabezas para armar. Una fórmula no dogmática para descubrir o re-descubrir aquellos acontecimientos.

No todos ellos son compatibles ni armónicos. Expresan diferentes lecturas, utilizan filtros distintos, y como la vieja conseja “parecería que nada es verdad ni mentira...”. Pero al final uno llega a la conclusión de que en la carga simbólica, afectiva, política y cultural del 68 sigue estando su fuerza y su capacidad de atracción.

Sus derivaciones fueron múltiples y las agendas que encuentran asideros en aquellas luchas no son escasas. Así, Marcela Lagarde subraya la otra rebelión, “la doméstica, familiar, de pareja, que cada 68era y 68ero libró en su casa...”. El espíritu emancipatorio, auténticamente liberador, de las mujeres que a partir de entonces han construido una agenda propia que va de la maternidad libre y voluntaria a los derechos sexuales y reproductivos, de la despenalización del aborto a la búsqueda de la equidad en la representación política, de los esfuerzos por erradicar la violencia intrafamiliar a las perspectivas de género en un buen número de disciplinas académicas. Todo ello, que sigue siendo una agenda abierta y por conquistar cabalmente, en efecto puede ser observado como una de las caudas de aquel movimiento estudiantil.

De igual forma, cuando Juan Manuel Valero vuelve sobre el tema de los medios masivos de comunicación, que en el 68 fueron cómplices del poder al callar y trastocar la información sobre los sucesos y especialmente sobre la negra noche de Tlatelolco,



nos remite, hoy, una vez más, a un tema del que depende la modulación del espacio público. No deja de sorprender e irritar la lectura, a cuarenta y un años, de los encabezados de prácticamente todos los periódicos de la capital, reproduciendo, como una sola voz la versión oficial de los acontecimientos: “Balacera entre francotiradores y el ejército”. En esa materia mucho hemos avanzado y hoy contamos con medios más abiertos que en el pasado y que recogen de mejor manera la pluralidad política que cruza al país. Pero tiene razón Juan Manuel Valero, mucho falta aún por hacer. Temas como los del órgano regulador en materia de telecomunicaciones, el derecho de réplica, la integridad de los contenidos, el fortalecimiento de los medios públicos, el aliento a las expresiones comunitarias, y la concentración de las concesiones en el caso de la televisión son temas de los que depende uno de los pilares de cualquier democracia, el del sistema circulatorio de las ideas, los enfoques, la información.

Pero si alguien quiere entender por qué para muchos de los participantes aquellas jornadas se convirtieron en un tatuaje vital, empiece por leer el relato de Sergio Flores. Bien tramado, cargado de tensión, transparente, con sentido narrativo y sólo aparente sencillez. Es la microhistoria de cómo un estudiante de ingeniería química se incorpora a la pasión militante y logra salir vivo y libre de la sombría noche del 2 de octubre.

Por su parte, Armando Bartra ofrece un testimonio emocionante y elocuente de los múltiples brillos del 68. “Fue un movimiento juvenil, y más específicamente de los jóvenes estudiantes chilangos... un movimiento libertario... un alzamiento iconoclasta que arremetió contra los símbolos, las imágenes consagratorias del sistema... cultivó la heterodoxia... fue un movimiento de pares que practicó y reivindicó la democracia directa... no pudo cambiar el sistema pero por un rato cambió la vida... fue carcajada en un mundo de risitas hipócritas... fue radical sin caer en los maximalismos... fue internacionalista”. Y en efecto, fue también escuela de política, reto a un poder perturbado, ansia de ejercer los derechos y hacer propias las libertades.

Encuentro en su texto y en algunos otros un profundo desencanto al evaluar la secuela de aquellos años y compararla contra las ilusiones y las pulsiones que se pusieron en acto en el 68. Quizá no podía ser de otra forma. Bartra escribe: “los modos de la democracia representativa tardaron décadas en trasminar el sistema, y la esperada ‘alternancia’ resultó lo que de la espera de Godot: más de lo mismo”. Y más adelante dice: “yo encuentro a la izquierda no en la burocracia partidista sino en el pueblo libertario y justiciero, en la gran comunidad de quienes compartimos algunas grandes causas y ciertas ideas”.

El 68 fue un potente movimiento. No obstante duró poco. Su fórmula de organización fomentaba la participación en asambleas de las cuales salían directamente los delegados ante el CNH. Lo cual sirvió para que entre representados y representantes existieran fuertes vínculos identitarios e incluso afectivos. Pero, ¿esa efervescencia, ese involucramiento masivo, ese espíritu encendido, pueden ser las fórmulas de organización y representación perdurables? No... quizá, por desgracia. O por lo menos no existe experiencia que lo documente.

La “alternancia”, entre comillas para Bartra y no sé por qué, no fue la desemboadura lineal del 68, pero sin el 68 otra hubiese sido la ruta de los cambios en el país. La gran idea de construir espacios para las libertades democráticas, para el ejercicio de los derechos, para la ocupa-

ción del espacio público por la diversidad de sensibilidades y programas que coexisten en la realidad mexicana fue una herencia del 68, que retomada con diversos énfasis por movimientos y organizaciones distintas, venturosamente se abrió paso. La alternancia fue así el fruto de un largo proceso, en donde se conjugaron espectaculares movilizaciones y reformas normativas, conflictos agudos y construcción de nuevas instituciones, fuertes desencuentros y operaciones reformadoras, en fin, una historia que fue capaz de dismantlar la vieja forma de organización política —piramidal, monopartidista, hiperpresidencialista— y dar paso a infinidad de pesos y contrapesos en el entramado estatal; a la coexistencia en los municipios, los congresos locales, el congreso federal y en los propios gobiernos de una pluralidad antes impensable; y que ha equilibrado a los poderes constitucionales. No es poco, pero por supuesto no es el paraíso terrenal, entre otras cosas porque el paraíso entre los hombres no puede existir.

En ese mismo tenor pueden leerse el testimonio de Julio Boltvinik (entonces estudiante de El Colegio de México y representante ante el CNH) o el de Paco Ignacio Taibo II, que a lo largo de las décadas vuelve una y otra vez a revisar el profundo significado vital de los acontecimientos de aquel año y su secuela imborrable. Se trata de la constatación elocuente de que los sueños no se cumplieron.

No obstante, creo —sugiero— que necesitaríamos hilar un poco más fino. En el terreno del ejercicio de las libertades democráticas los avances están a la vista, la diversidad política e ideológica que cruza al país no coexiste sólo en la sociedad sino en las instituciones del Estado, y los resortes autoritarios que alimentaban al “siste-

ma” en 68 en buena medida han desaparecido. Y sin embargo, el malestar es justo y expresa insatisfacciones legítimas pero que (creo) están fundamentalmente en el ámbito de nuestra economía (estancada, con ciclos breves de crecimiento minúsculo y decrecimientos apabullantes), de nuestra sociedad contrahecha (cruzada por desigualdades oceánicas y un mar de pobreza), de nuestro déficit en el Estado de derecho (que es el otro rostro de una ciudadanía que no alcanza a serlo), en fin, de una sociedad que es cada vez más un archipiélago de condiciones materiales de vida y de identidades sin puentes de contacto suficientes como para poder hablar de una auténtica nación integrada. Falta entonces mucho por hacer para que México sea un país cabalmente habitable. Pero en el terreno del ejercicio de las libertades las cuatro décadas transcurridas arrojan conquistas nada despreciables.

Por otro lado, no quiero dejar de mencionar el importante ensayo de Gilberto Guevara, que trascendiendo la autocomplacencia, intenta rastrear también las derivaciones nada virtuosas del propio movimiento. El paso de una expresión profundamente democrática por sus reivindicaciones, formas de organización y lucha, a fórmulas antidemocráticas del quehacer político como las que encarnaron los Comités de Lucha que se proclamaron herederos del CNH en el post 68. El izquierdismo y el sectarismo que en no pocas ocasiones substituyó el espíritu abierto, inclusivo y tolerante de las jornadas 68eras. O el vanguardismo que llevó a la trágica historia de las organizaciones guerrilleras, que como bien recuerda Carlos Montemayor ya existían antes del movimiento, pero que se incrementaron (digo yo) luego de las brutales y paranoicas re-

presiones del 68 y el 71. Cito a Monsiváis: “otros grupos, púberes y adolescentes... adoptan la actitud ‘militarista’ cifrada en el culto a la violencia, ‘partera de la historia’... y abandonan su generosidad inicial”.

*Voces y ecos del 68* llama al debate, a volver a poner sobre la mesa de la discusión una agenda que fue de ayer, pero que es también para hoy y para mañana. Por lo pronto, el esfuerzo que desembocó en este libro logra, en buena medida, recuperar parte de esa memoria que no debe desvanecerse. Y muestra además que la memoria es al mismo tiempo conocimiento, pedagogía, reflexión, vacuna y una fórmula elíptica de justicia.

Sólo me detengo en las dos últimas. Se trata de vacunarnos contra todo tipo de autoritarismo que en su despliegue niega los derechos de los otros y que no reconoce como legítima más que a la voz del poder. Recordar entonces es una forma de construir diques no sólo contra el olvido, sino contra las pulsiones criminales que laten en todos aquellos que piensan que tienen la verdad en un puño y que son la única representación legítima de la sociedad.

Pero la memoria es también una fórmula elíptica de justicia. Dado que los responsables de la matanza, las detenciones sin orden judicial, las torturas, los juicios amañados no fueron procesados, la persistencia de la memoria es una fórmula que si bien no sustituye a la justicia penal, por lo menos abre un amplio campo a una especie de justicia difusa. Y ello no es poca cosa. **U**

---

Salvador Martínez Della Rocca, compilador, *Voces y ecos del 68*, Asamblea Legislativa del D.F. / Miguel Ángel Porrúa, México, 2009, 385 pp.

El 68 es así una historia, una leyenda, una fecha irrenunciable, un momento de inflexión y para muchos una experiencia vital que se convierte en signo y en sino.